

# Balance del exilio y los retornos<sup>1</sup>

Cecilia Roth

Cuando vuelvo la vista hacia el pasado, confirmo que ha sido para mí un privilegio estar en el lugar indicado en el momento preciso. Podría abundar en ejemplos que subrayen esta circunstancia feliz. Muy en particular, lo demuestran las primeras películas que rodé junto a Pedro Almodóvar durante mi estancia en España: *Pepi, Lucy, Boom y otras chicas del montón* (1980), *Laberinto de pasiones* (1982), *Entre tinieblas* (1983) y *¿Qué he hecho yo para merecer esto?* (1984). Todos estos proyectos coincidieron con un momento histórico tan notable como la transición democrática. Llegando al centro del tema, entiendo que fue una enorme fortuna vivir aquella primavera española<sup>2</sup>. Sin embargo, en este plano actuaba otra fuerza que al fin se volvió imperiosa: el enorme deseo de retornar a la Argentina, para de esa forma entender qué significado tenía ese paréntesis que había dejado sin cerrar. Incluso la crisis actual me obliga hoy a revisar un sentimiento tan enraizado. A partir de este último designio –y aunque durante el mandato de Menem sentía vergüenza por ser argentina–, el dolor por cuanto sucede en mi país queda solapado por un fuerte afán de compromiso. Ya sin contradicciones, dicho afán se traduce en una inevitable necesidad de pertenecer a aquel lugar donde nací.

Esto, qué duda cabe, permite extraer un mayor significado de los recuerdos. Por esta línea, la participación en *Kamchatka*, de Marcelo Piñeyro, me ha hecho revivir en qué sentidos afectó a mi familia el exilio. Buscando un paralelismo con los personajes de la película –sobre todo en la raíz de sus actitudes–, pienso en cómo creíamos en la brevedad de la dictadura. Aquello parecía que iba a acabar en dos me-

<sup>1</sup> Actriz argentina, bien conocida por su intervención en numerosos largometrajes españoles. Este artículo incluye declaraciones recogidas el 21 de junio de 2001 y el 25 de noviembre de 2002, durante las presentaciones de *Una noche con Sabrina Love*, de Alejandro Agresti, y *Kamchatka*, de Marcelo Piñeyro.

<sup>2</sup> La dictadura argentina condujo hasta la España de la transición a un buen puñado de intérpretes argentinos. Entre ellos, exiliados como Raúl Fraire, Luis Politti y Héctor Alterio destacan por su prolífica trayectoria cinematográfica. Durante esa etapa de apertura, Marilina Ross protagonizó *Al servicio de la mujer española* (1979), de Jaime de Armiñán, quien a su vez realizó *El nido* (1979), cuyo elenco encabezaban Alterio y Politti.

ses. «¿Cuánto va a durar esto?», nos preguntábamos. Y por lo común, la respuesta era: «¡Poco!». Tanto es así que, llegada la hora de buscar acomodo en España, mis padres dijeron: «Nos vamos por un año sabático. En cuanto se marche Videla, regresaremos». La historia, como es sabido, discurrió hacia otros límites.

Por todo ello, el rodaje de *Kamchatka* significó una profunda angustia. Encarnar a sus personajes era algo así como hacer digitopuntura: nuestra memoria queda tatuada en la piel, y al tocar cada punto, brotan viejas emociones. De ahí que fuera surgiendo, al paso de la filmación, toda esa cotidianidad, todo ese cúmulo de pequeñas vivencias íntimas que no figura en los documentos y que luego acaba siendo borrado por los titulares. No es difícil, por consiguiente, reconocerse en los protagonistas y entender lo mucho que se perdió cuando ingresaron en la lista de los desaparecidos. El asunto no es de importancia menor. Se olvida en ocasiones que cada desaparecido llevaba una vida familiar, sentía amor o amistad, iba a su trabajo y, en definitiva, compartía su existencia con quienes hoy lo recuerdan. A efectos sentimentales, la mirada histórica nos facilita una perspectiva general de la que ellos carecieron. Con seguridad, esto también influye en nuestra labor interpretativa, porque cuanto ahora sabemos acerca de aquella tragedia es mucho más de lo que entonces pudo llegarse a conocer.

En otro sentido, la inspiración para interpretar personajes tan singulares resulta difícilmente descriptible. Tiendo a creer que los actores tenemos una extraña personalidad, en la que intervienen mecanismos sutiles, puestos en marcha durante la lectura del guión. Al enfrentarnos al libreto, surge ese rol que va a incorporarse a la vida del intérprete y que, en sentido inverso, va a enriquecerse con la propia existencia del actor. Dentro de este contexto, el engranaje comienza a evolucionar de manera muy arbitraria e inconsciente. Imagino, sin embargo, que este proceso cambia de línea de acuerdo con las cualidades y exigencias de cada personaje.

En esta categoría corresponde ubicar un ejemplo y si elijo el punto de vista adoptado para interpretar a la estrella pornográfica de *Una noche con Sabrina Love* es porque aquél tiene su particularidad. Además de todas las vivencias internas que volqué en esta mujer, también elaboré mi observación de dos auténticas actrices de lo que en Argentina llamamos *cine condicionado*. Cosa curiosa: al final, todo este progreso me sirve para confirmar que ciertas intuiciones, plenamente inconscientes, son la alternativa más certera. En todo caso, es esta decisión intuitiva la que permite plasmar los elementos interiorizados y también los datos extraídos de la observación.

Dado que no pretendo encasillarme en un determinado tipo de roles, me agradó muy especialmente que me propusieran dar vida a alguien como Sabrina Love. Nunca pensé que fuera a encarnar a una *pornostar*, así que esta oportunidad me permite acumular un registro más, que aún no había explorado. Por fortuna, Alejandro Agresti es un realizador que tiene muy claro el modo en que quiere construir su universo narrativo. Sin duda, el imaginario de este director permanece acá expuesto con mucha solidez. Eso sí, partiendo en lo esencial de la novela homónima de Pedro Mairal que sirve de base al libreto.

De más está aclarar en qué grado la película es fiel al relato que le sirve de referencia. Puestos a cotejar adaptaciones, comprobaremos que el cine siempre acaba alejándose del original literario. Es absurdo pensar en un calco cinematográfico de la obra escrita. Y por otro lado, no creo que Mairal se disguste con los cambios. Muy al contrario: el hecho de que su novela ganase el premio Clarín, vendiendo de paso los derechos para esta versión, ya justifica su actual alegría.

El trabajo con el resto del elenco de *Una noche con Sabrina Love* también significó una muy grata experiencia. Giancarlo Giannini es un actor generoso de quien siempre cabe aprender nuevos recursos. En esta oportunidad, llegó a decir sus líneas tras memorizarlas fonéticamente, y es todo un logro que consiga hablar en un castellano con muchos detalles de lunfardo. El encantador Tomás Fonzi, con quien he vuelto a coincidir en *Kamchatka*, posee, aun a pesar de su juventud, una experiencia televisiva muy dilatada. No en vano, protagonizó a lo largo de tres años una serie muy exitosa –*Verano del 98* (1998-2000), de Carlos Luna y Federico Palazzo–, acreditando esa sólida formación que ahora le lleva al teatro de la mano de Lluís Pasqual, quien lo sitúa junto a Alfredo Alcón en un montaje de *La tempestad*.

El caso de Norma Aleandro requiere una aclaración, pues aunque su nombre sobresalga en el reparto, no compartimos secuencias en la película de Agresti. Quisiera trabajar con ella y, de hecho, durante el proceso preparatorio de *Vidas privadas* (2001), que dirige Fito Páez, Norma figuraba como la actriz encargada de interpretar a quien es mi madre en la ficción. Finalmente, otros trabajos en el teatro y el cine le impidieron dar vida a ese papel que luego recayó en Chunchuna Villaña, otra excelente actriz que coincidió con Aleandro en *La historia oficial* (1985), de Luis Puenzo.

De forma oportuna, la película de Fito Páez me permite retornar a una etapa de nuestra historia aludida con anterioridad. En líneas generales, el guión de este largometraje, firmado por Fito junto a Alan

Pauls, explora la resaca de la dictadura, y de alguna manera, trata de mostrar en qué nos hemos transformado, inadvertidamente, los argentinos. Quien protagoniza la trama es Carmen Uranga, una mujer que lleva veinte años viviendo en España y debe regresar a su país. Aunque pertenece a una familia de la oligarquía, fue detenida en 1978 junto a su esposo. Por muchos motivos, ahí comenzó su tragedia: durante el internamiento en el campo de concentración, esta mujer descubrió que su marido era un militante de alto nivel. Finalmente, a él lo hicieron desaparecer, pero ella logró salir del cautiverio gracias a los vínculos de su familia con la cúpula militar. Durante su exilio español, se transforma en una empresaria calculadora y solitaria, distante a tal extremo que nadie la ha vuelto a tocar o a besar. Ha perdido la memoria: aparta de sus recuerdos lo que ocurrió dos décadas atrás. Al cabo, tiene que retornar a Buenos Aires porque su padre (Héctor Alterio) está próximo a la muerte. Será entonces cuando conozca a Gustavo Bertolini, el personaje al cual interpreta Gael García Bernal. Este es un joven con quien se embarca en una relación muy particular. Cuando aparezca el amor entre ambos, lo hará dentro de un cerco de fantasmas. Así, pues, pese a que la unión se consuma en el escenario sexual, éste es percibido en clave tortuosa y perversa. Semejante insistencia del pasado, de forma tangencial, perfila un personaje grave, útil para transmitir como certeza la realidad de un país que no puede ser feliz.